

COLECCIÓN HISPANIOLA, 61
CAMINOS POR LOS QUE TRANSITAR

© De los textos, Felipe Díaz Pardo

© Confluencias, 2026

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Corrección editorial: Leonardo Caro Calvo y

Andrea del Mar Rodríguez Capel

Impreso en España

ISBN: 979-13-992206-2-9

Depósito legal: AL 518-2028

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FELIPE
DÍAZ PARDO

CAMINOS
POR LOS QUE
TRANSITAR

(RELATOS)



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

El goce estético consiste en que, al expresarnos, nos sentimos libres. Por lo pronto, no hay nada que nos limite en la elección de temas, pues todo lo que pasa por la mente es digno de convertirse en literatura.

Enrique Anderson Imbert,
Teoría y técnica del cuento.

Cuanto mayor sea la presión de la economía de mercado, los alardes técnicos, la informatización progresiva de la existencia, el hombre irá haciéndose paulatinamente lector de poesía y de cuentos, por ser estos los dos géneros literarios que mejor arropan nuestros mitos y nuestra ansia exasperada de encontrar un Dios.

Jorge Ferrer-Vidal,
Confesiones de un escritor de cuentos.

ÍNDICE

Breve justificación	11
---------------------	----

CAMINOS DE LO INSONDABLE

En busca de la modernidad	15
Atención al cliente	47
Ataraxia	65
Una derrota sin perder la batalla	71
Cerrando el círculo	99
Fantasía literaria	121
Una voz celestial	133
Una nueva pareja literaria	139
Un espejo en el balcón	145
Un misterio resuelto	159
Amor por el oficio	165

CAMINOS DE LA EXPERIENCIA

Reconstrucción de vida ajenas	175
Razones para el juicio final	185
Lances de carretera	203
La protección de los dioses	215
La trampa	227
El arte de la apariencia	243
Benito, el lotero	255
El nuevo inquilino	267

BREVE JUSTIFICACIÓN

Porque son muchos los caminos por los que nuestras ilusiones circulan, hemos titulado este volumen *Caminos por los que transitar*. Siendo fieles al dictado de la imaginación, nos dejamos llevar por todo tipo de delirios, espejismos o quimeras, por todo aquello que en algún momento nos atrae, nos obsesiona o nos preocupa y he aquí, en este caso, otra vez el resultado.

El autor

CAMINOS DE LO
INSONDABLE

EN BUSCA DE LA MODERNIDAD

El templo en que habitaba Mercurio ocupaba una céntrica calle de la ciudad divina creada para la eternidad. Varias habían sido las modificaciones hechas al edificio a lo largo de los siglos, a pesar de la dificultad de los cambios, dado lo antiguo de la estructura. No obstante, el empeño se hacía inevitable, entendiendo este como un simple capricho o como un loable esfuerzo por la renovación, según se mire. No en vano, su oficio de dios viajero había forjado en él una mente abierta y receptiva a sugestivas incitaciones.

En un primer momento, llegada la moda romana, y con ella la utilización del ladrillo, aquel palacio de líneas rectas fue el primero en adoptar algún elemento curvilíneo en toda la ciudad. Fue famoso el revuelo entre los allegados al ver la bóveda construida en la parte trasera del templo, por la cual la clara luz de las alturas inundaba el interior, gracias a unos arcos de medio punto, algo impensado en la arquitectura

griega. Los más anclados en una tradición gazmoña y superficial criticaban que con la reforma se perdiera el *opistódomo*, la sala posterior donde se guardaban las ofrendas de los fieles, traídas desde todos los confines del universo e inservibles la mayoría de ellas, porque, a la hora de la verdad, nadie regala nada que a él le pueda ser útil. Otros, pendientes de defender su *estatus* a ultranza, tachaban de frívola la idea, puesto que así se perdía la intimidad, la solemnidad y el secreto de la cámara sagrada o *naos*, lugar presidido por la estatua del dios en cuestión y que en los templos terrestres se ocultaba a los ojos de los mortales. Sin embargo, todos sabían de la independencia de miras y del carácter visionario de Mercurio, ya anunciado en sus travesuras infantiles, por lo que los comentarios eran hechos, sobre todo, a modo de entretenimiento y nunca desprovistos del cariño que conlleva aceptar la rebeldía.

Así, al igual que los acontecimientos a lo largo de la Historia, se fueron sucediendo transformaciones en la morada de un dios que se adaptaba a los nuevos tiempos con una facilidad pasmosa. Júpiter, su padre, apreciaba satisfecho esa capacidad de asimilación y ayudado en gran medida por el ejemplo del hijo había empezado a introducir también él en su vida algún cambio que le hiciera más cómoda su sagrada existencia.

Aquel día, Júpiter, el dios de los dioses se dedicó a la faena propia de su esencia divina con prontitud. Apenas la claridad apareció sobre el Olimpo, emprendió el habitual paseo matutino que le llevaría a la casa de Mercurio, como punto obligado, para encomendarle una misión que daría paso luego a un futuro lleno de fabulosas expectativas.

Fue parar su carro alado ante la puerta de aquel templo en obras y enardecerse aún más. El trasiego de almas mortales, ya en mejor vida, acarreado útiles de construcción, afianzó más en él esa idea de progreso. Ciertamente, además de las cualidades para el trabajo asignado, el dios mensajero poseía una mentalidad perfecta para los planes dispuestos, y eso le gratificó.

Hacía tiempo que empezó a admirar ese espíritu dinámico y esa apostura que caracterizaron al hijo ya desde niño. Veía con simpatía esa audacia, muchas veces motivo de bribonería y latrocinio, que había forjado en sus años de infancia y juventud. Esas negativas inclinaciones hubieron de provocar, en más de una ocasión, las iras divinas, estado emocional fácilmente alcanzable por unos seres sujetos a desmedidos cambios de humor. No hay que olvidar que la furia desatada en un dios lleva aparejada consecuencias directamente proporcionales al tamaño del ser del que parten, que se pueden traducir en cataclismos de diversa envergadura.

Aún recordaba Júpiter los episodios que obligaron a echar a Mercurio del cielo, como quien manda a su hijo a un internado con el fin de que se regenere. La causa no fue para menos y, además, la travesura supuso una evidente falta de respeto en un mundo de solemnidad y majestuosidad suprema. Un padre como él, cuya principal labor es gobernar y ordenar el caos, difícilmente podía dejar sin castigo semejante desvarío, a pesar de la inmadurez e inconsciencia del infractor.

El robo del carcaj a Cupido hubiera podido ser interpretado por los más condescendientes como el

gesto infantil de un ser que ese mismo día acababa de nacer, incontrolado aún en las maneras, eufórico por la victoria conseguida en la lucha con el dios del Amor. Pero la reprobación se hizo obligada cuando se mantuvo insistente en la acción. Todos los dioses presentes acudieron a felicitarle por la inteligencia y habilidad demostradas en el combate, y en un instante se quedaron despojados de sus atributos y adornos. Tridentes, espadas y ceñidores fueron hurtados a los dueños de mayor alcurnia.

A pesar del castigo, infligido al ladronzuelo, en el que no se tuvo en cuenta el despojo realizado a otro grupo de dioses menores, reyes y héroes que presenciaban la celebración y a los que, por evidente razonamiento jerárquico, no se les dio importancia, el joven dios mantuvo su maléfica afición en el destierro. En Tesalia, lugar terrestre a orillas del Egeo, pasó su primera juventud como pastor. Allí era soportado con resignación por su afición a apoderarse de lo ajeno con insistencia patológica. Rapiñaba el agua de los arroyos, el rocío de la aurora, los primeros rayos del sol que destellaban por el horizonte...

El fin de la costumbre, como gota rebotante que colma el recipiente, llegó el día en que hurtó el rebaño a Apolo, otro sufridor por aquellos rincones terrestres del castigo divino. Fueron tales el enfado y las amenazas de este que Mercurio sorprendido ante tamaña reacción se avino a razones. Su nombre era ya firme candidato para figurar en la nómina de los incorregibles y mayores ladrones de todos los tiempos cuando unas paces hechas con su hermanastro le hicieron rectificar

el error. Luego vendría el indulto de la corte celestial, la cual añoraba su destreza y sabiduría, pues allí eran sensibles a sus grandes dotes y habilidades. Desde entonces ejecuta como ministro de Júpiter los encargos más difíciles y comprometidos, para lo cual ha de estar dispuesto siempre a adoptar oficios, identidades y apariencias diversas. Muestra de su nuevo talante fue la dedicación a los negocios, vocación que desarrollaba últimamente invirtiendo en los más prestigiosos enclaves bursátiles y comerciales del mundo civilizado.

Sin esperar a ser anunciado por los siervos, como es costumbre entre seres de menor rango, el dios de los dioses se adentró en el templo guiado por el ruido de los albañiles. Traspasó para ello las columnas de la entrada y se introdujo en la primera nave, la *pronaos*, de reminiscencias griegas. La decoración no era la originaria, si bien mantenía cierto juego con las líneas rectas y con la sobriedad que el lugar requería. Llegó luego a la *naos*, sala central en donde el mobiliario y los espacios remozados ya nada tenían que ver con las épocas pasadas de helenos y latinos.

Se oía con más fuerza el martillar de los trabajadores al fondo, según se adentraba. Atravesado aquel sitio, se disponía a traspasar la puerta de uno de los extremos y, de golpe, se encontró con Mercurio, quien venía apresurado en busca de algo. Se saludaron con el habitual protocolo regio, pero sin excesiva ceremonia, dada la casual frecuencia con que se veían por aquella época. Últimamente no habían surgido grandes acontecimientos que les obligaran a visitar los confines del Universo y eso les había permitido visitas más continuas.

Aquellas fechas, marcadas por tanta inactividad, las estaba dedicando, pues, el dueño de aquellos dominios reconvertidos en crisol de estilos arquitectónicos en llevar a cabo uno de sus caprichos decorativos.

Retrocedieron al interior de la gran nave que Júpiter estaba a punto de abandonar, y Mercurio se dirigió al cajón de un oscuro *boiserie* de caoba que contrastaba con el color blancuzco de los robustos muros y clásicas columnas de alrededor. Aquel exquisito mueble hacía las veces de soporte para los más variados objetos: desde delicados jarrones neoclásicos hasta estilizadas y funcionales figuras de metacrilato combinados con libros —algunos de ellos incunables—, vasijas exóticas y coloristas o colecciones de ceniceros y distintos recuerdos de los más dispares territorios visitados. De allí recogió Mercurio una carpeta de plástico. En su exterior aparecía una leyenda en lengua bárbara, poco usual en aquellas latitudes: *Smith & Company, Builders and Architects*. Dentro contenía, dobladas, unas hojas de papel que, extendidas por el dios sobre una mesa de cristal de Murano cercana, parecían representar los planos de una planta del edificio.

El padre se dedicó entonces con más detenimiento a observar el lugar, en tanto el hijo se disculpaba unos instantes para concretar algunos detalles fundamentales de la reforma. Se encontraban casi en el centro de lo que, en su origen, fue concebido como la parte más importante del templo. Mercurio había adaptado la antigua vivienda para mantener el rango aristocrático y el *glamour* de otros tiempos, pero también para combinar los nuevos conceptos arquitectónicos y decorativos

observados en la Tierra, único punto conocido en el Cosmos que procura cultivar otros sentidos, además del intelecto. En verdad, materializar dicha concepción era difícil, dada la escasa versatilidad del edificio. Pocas conjeturas se podían hacer con aquel rectángulo, oscuro como la ultratumba y amparado, como solitario guardián, por la estatua del dios Hermes, antigua denominación del dueño, colocada en el fondo. Vigilante y mayestático, lucía un coloso marmóreo sobre el pedestal, representado bajo la figura de un buen mozo, sonriente y cubierto con un pequeño manto. Las dotes de orador que se le atribuían querían estar presentes en un rictus de la boca que simulara la elocuencia. Las alas del casco, el caduceo y los tacones indicaban su condición de viajero, mensajero y conciliador. Por otra parte, una bolsa en su mano izquierda simbolizaba sus cualidades comerciales. Para terminar, un gallo y una tortuga a los pies de aquel bloque tallado completaban la representación de atributos. Los dos animales, según los tratados versados en la materia, recordaban el carácter vigilante y el invento de la lira, respectivamente, como méritos del dios.

Tanta frialdad y tanta penumbra parecían ser mitigadas por el dinamismo de un dueño empeñado en reunir tanto mobiliario de épocas distintas, lo cual había convertido el inmenso espacio en una mezcolanza curiosa de ambientes, a tenor del material de todo tipo utilizado. Así la sala semejava un llamativo museo en el que se recogían manifestaciones del arte y decoración de todos los tiempos.

La parte que ahora observaba el padre era la ocupada por objetos recogidos desde principios del siglo XX.

Destacaban los de formas atrevidas, donde se apreciaba el gusto por el diseño a ultranza. Lámparas producto de auténticos malabarismos con el metal, sillas de disparatados contornos, algunas de ellas ideadas por el mismo Le Corbusier, mesas fundamentadas sobre soportes increíbles, alfombras acrílicas que reproducían geometrías vanguardistas. Unos puntos de luz halógena iluminaban, con sus chorros de concretada claridad reluciente entre las sombras, unos cuadros cuya estética arrancaba de los años veinte. Lienzos con las firmas de Matisse, Picasso, Dalí, Max Ernst, Jackson Pollock, Andy Warhol o Joseph Beuys colgaban con desorden y ansia acaparadora el enyesado de las paredes.

Esperó Júpiter con paciencia, seguro de la trascendencia de su visita, a que su hijo volviera de aclarar los detalles consultados en el plano. Tanto ajeteo no permitía preámbulos para preguntar por la familia o por otros asuntos.

La sintonía entre ambos era frecuente —a pesar de las referidas diferencias de tiempos lejanos, ya olvidadas por los dos— y coincidían como pocos de los habitantes del Olimpo en una actitud ágil e innovadora con respecto al mundo que gobernaban. Amplias charlas y discusiones habían mantenido en sagradas tertulias con otros dioses, reyes de la antigüedad o héroes de reputadas epopeyas sobre la perpetua necesidad de someterse a los mandatos de la modernidad como solución de supervivencia. Por eso, el dios supremo, antes de entrar en los detalles de su visita, jugó a bromear sobre las obras en el templo y a buscar

el modo de provocar al hijo, quien no terminaba de prestarle la atención suficiente.

—Antes de venir aquí me he llegado a ver a tu hermano mayor y ha vuelto a maldecir tu espíritu descastado. No debías dar tantos disgustos a la familia.

—No se preocupe, padre —dijo despreocupado Mercurio—. De tanto trabajar, por algún lado le tiene que salir la mala leche.

El malhumorado Vulcano, incansable artesano, constructor de las sempiternas mansiones del Olimpo, criticaba a la mínima oportunidad, con desenfado más que con intención de reprobar, la repetida costumbre del dios viajero de acudir a la competencia para realizar trabajos en palacio.

—¿A qué ha ido usted a aquel horno? —preguntó Mercurio en un tono de fría entonación que daría paso enseguida a su habitual afabilidad—. ¿Acaso hay que concederle ya la jubilación para que pueda darse sus paseítos y charlar con alguien que le haga caso?

Las bromas se intercambiaron, pero pronto dio Júpiter con el tono trascendente.

—La visita a ese oscuro taller de gases y brasas incandescentes, que tan mal sientan a mis pulmones, ya lo sabes, me ha sido de gran ayuda, hijo mío, de muy gran ayuda. Me han bastado unos instantes en la fragua de tu hermano, para poder constatar personalmente las penurias que sufre la familia; y para llegar al firme convencimiento de que es necesario concretar un proyecto que se completará con el encargo que te voy a hacer y que, de terminar con éxito, nos reportará no pocos beneficios a la comunidad...